

LOS QUE ENCONTRÉ EN EL CAMINO

Por CAMILO GEIS, Pbro.

DOCTOR JOSÉ COMERMA

Fue mi mejor maestro de latín en el Seminario de Gerona. No era poco el latín que sabía y no pequeña la aptitud que tenía para trasvasarlo a los cerebros tiernos. De él sí que puede decirse que «enseñaba deleitando». En el fondo del árido mecanismo de las declinaciones y de las conjugaciones y detrás de los intrincados dédalos del hipérbaton de la antigua lengua imperial, nos hacía descubrir la belleza insospechada y la locución graciosa, con lo que nos rescabábamos de la labor realizada. Aprendíamos a aguzar la sensibilidad. No dudo que mi afición a las incursiones por la selva oscura de las letras clásicas se la debo, en gran parte, al Maestro que nos había descubierto sus caminos.

He dicho que el Dr. Comerma sabía enseñar, pero eso no se lo debía a ninguno de los métodos pedagógicos que se vienen disputando la hegemonía de la eficacia. Era de los que aún echaba mano de la «palmeta», como estimulante de la memoria, cuando «hacía pasar puestos», pero distribuía las palmetadas con cierta suavidad. Y es que su suavidad era casi fisiológica, me atrevería a decir «anatómica».

El Dr. José Comerma y Vilanova había nacido en Bañolas el día 17 de diciembre de 1887.

Era un cultivado humanista, un exquisito literato. Escribió las siguientes obras: «Historia de la Literatura Catalana», «Tractat dels Sagraments», «Historia i Novena de la Verge de la Misericòrdia», de Canet de Mar, «Explicació del Catecisme de la Doctrina Cristiana per adults» (dos volúmenes, *Dogma y Moral*, respectivamente), y varias obras de teatro: «L'Escut de la Capitana», «Tot cosint i cantant», «En el tribunal de Déu», «Les angoixes de la Carme», «Otilia d'Ohenburg», «El jurament d'Elena», «Els màrtirs de Crist» y una adaptación de «La tragèdia del Dniester».

Por la variedad de títulos y de temas, uno puede darse cuenta de las posibilidades de la polifacética pluma de Mosén Comerma.

Después de unos años de actividad docente en el Seminario, pasó en calidad de Párroco, a regentar la parroquia de Canet de Mar, donde fue el impulsor de todas las actividades artístico-religiosas de la simpática villa de la Maresma, y donde murió el 10 de abril de 1936.

A raíz de su muerte, el periódico de aquella villa, «La Maresma», le dedicó unas páginas necrológicas, entre las cuales cabe destacar un artículo del Dr. Salvador Rial, antiguo secretario del obispo Dr. Mas, a la sazón Canónigo Penitenciario de la catedral de Tarragona, y una poesía de Mosén Dotras, sacerdote poeta de nuestra Diócesis, al cual no conocí, pero a cuyo númen sencillo y espontáneo me place tributar una honorífica mención en este artículo.



ANTON BUSQUETS I PUNSET

Conocí, en su vejez, a este popular escritor, originario de tierras gerundenses —nació en Sant Hilari Sacalm, el 30 de octubre de 1876—; le conocí y empecé a relacionarme con él en Samalús, en el nido de arte del «Mestre en Gai Saber» Mosén Ramón Garriga y Boixader, el autor de las inolvidables «Estampes i calcomanies», el 18 de julio de 1932.

Mi relación, asidua, con Busquets duró hasta su muerte, acaecida en Calders el 19 de agosto de 1934. Lo acreditan su nutrido epistolario.

En su venerable senectud, conservaba el corazón de joven. Sus evocaciones del pasado no le impedían de soñar en proyectos para el futuro inmediato.

Si bien su formación literaria se desplegó en tierras de la vieja Ausona, no obstante, nunca desmintió su origen de tierras gerundenses. Así, el día en que nos conocimos, escribió en la dedicatoria del libro de prosa «Del meu viure rural», que me ofrendó: «Mossèn Camil Geis ve a renovar els meus records de vida gironina, tan enyorada...»

De muy joven, me había familiarizado con el nombre de Busquets y Punset, autor del libro «Aplec», antología escolar de escritores catalanes en prosa y en verso, obra salida de los talleres gerundenses de «Dalmau Carles, Pla, editores». Más tarde, mi avidez de lector le había encontrado en las insuperables descripciones «Del Montseny», libro suyo publicado por la «Biblioteca Popular de l'Avenç», de Barcelona, y en las más aún insuperadas descripciones de «Les Guilleries y de la Vall d'Hostoles», publicadas en las páginas de la revista «Catalana», que dirigía, en Barcelona, el poeta Francisco Matheu, y que fue el último reducto de la escuela ochocentista.

Busquets y Punset tuvo una popularidad que Santiago Rusiñol ridiculizó en «Els Jocs Florals de Canprosa». Hubo tiempo en que el nombre de Busquets y Punset resonó, como poeta premiado, en todos los escenarios de Juegos Florales y Certámenes Literarios de nuestras Fiestas Mayores. Rusiñol, en dicha obra de teatro, creó el personaje Coca y Poncem, que todo el mundo identificó con nuestro popular escritor. Esta desconsiderada ridiculización acarrió al pobre Busquets y Punset el menosprecio de las nuevas generaciones. Juan Arús, en un reciente artículo publicado en «El Correo Catalán», titulado «Nombres injustamente olvidados», rectificando posiciones de su juventud —que había sido la de todos los jóvenes novecentistas— pone entre los grandes prosistas de la «Renaixença», inmediatamente después de Víctor Català, Ruyra i Bertrana, a Busquets y Punset i Girbal Jaume. (Es curioso que todos son escritores originarios de tierras gerundenses.)

Maestro de Primera Enseñanza, podía haber pasado a regentar un Grupo Escolar en cualquier población de más o menos importancia, pero prefirió consagrarse a la Escuela Rural, por lo mucho que amaba la vida del campo.

De cara a la Escuela, a más del citado «Aplec», escribió el libro «Breviari Escolar».

El escritor gerundense Joaquín Pla estudió a Busquets y Punset como destacado pedagogo, en un artículo publicado en la «Revista Ilustrada Jorba», de la cual nuestro biografiado fue largos años director. Era un número extraordinario que la citada revista dedicó al popular escritor, en octubre de 1934, al que colaboramos muchos escritores, cuyo índice nos daría la dimensión de la importancia de este homenaje póstumo.



A pesar de ser originario de tierras gerundenses, pertenece, como escritor a «l'escola vigatana». Precisamente fue él quien fundó y acaudilló «La Colla de Romeus de l'Esbart de Vic», ya en vida de los tres últimos gloriosos «esbartaires», el último de los cuales, el novelista Martí Genís y Aguilar, a quien yo tuve aún el honor de conocer, pudo asistir todavía algunos años a las «sentadas literarias» de dichos «romeus» en la simbólica «Font del Desmai», reuniones anuales que intentaban continuar las antiguas de los Maestros del «Esbart» y que perduraron hasta la revolución del año 1936. Desaparecieron de entre nosotros muchos de aquella «colla», prematuramente: Mosén Pedro Verdaguer, José M.^a Vilarnau, Juan Vilalta, Miguel Bosch y Jover... Queda, y precisamente dado de pleno a las letras, el ilustre periodista, redactor de «El Correo Catalán», Esteban Busquets y Moles, y los hermanos Vilarrubias entre otros pocos que no recordamos.

Busquets y Punset fue un gran devoto de Mosén Jacinto Verdaguer, a quien siguió de cerca en la época dramática de su vida. Pensaba escribir un libro —y lo tenía anunciado— con el título de «Verdaguer. Set anys de dolorosa intimitat». Lo tenía ya esbozado, pero no lo acabó. Cuando le decíamos por qué no se decidía a publicarlo, nos respondía que sentía en el alma verse obligado a hacer quedar mal a algunos personajes que representaron ciertos papeles en el drama. «Si les sobreviviera...» Y murió sin publicar este libro que, por lo que de palabra nos había dado a conocer, habría echado mucha luz sobre el tan discutido asunto. Pero, con Viada y Lluch, ya había tejido al gran poeta «La millor corona», que no se marchitaría jamás.

Quien quiera ahondar en el conocimiento de nuestro biografiado, puede recurrir a sus mejores biógrafos: Miguel Bosch y Jover, en una biografía publicada en el antes citado extraordinario de la «Revista Ilustrada Jorba»; Mosén Pedro Verdaguer, en un capítulo de su libro «Estudis Literaris», publicado en 1935, y el gerundense Eduardo Girbal Jaume, en una larga y deliciosa biografía, publicada también en 1935, en uno de los volúmenes de los «Annals del Periodisme». Esta biografía dejó de publicarse en volumen aparte, tal como estaba previsto, porque algunos de sus pasajes, de crudo realismo, fueron interpretados por la familia del biografiado como un abuso de confianza, toda vez que Girbal había convivido con ella, como un familiar más, durante una larga convalecencia. Fue una verdadera lástima que, por tomárselo de esta manera, a pecho, la biografía quedara perdida en uno de estos volúmenes. Yo, que conocí a Girbal y que sé cómo amaba a Busquets y a su familia, puedo garantizar que, ni por asomo, se le habría ocurrido de escribir nada pensando molestarles. Girbal era así: un realista crudo, a veces, descarnado... Creo que todo esto fue, precisamente, un exceso de amor, que le hacía ver «racias en lo que otros reputarían defectos. En fin, es una historia que se lee como la mejor novela.

Después de las tareas de la escuela y de las actividades literarias y periodísticas, aún le quedaba tiempo para corresponder con los amigos. Sostuvo correspondencia con Pereda, Fastenrath, Mistral, Menéndez y Pelayo y con la mayor parte de hombres de letras de la Cataluña de sus años.

Fue un buen amigo y admirador de Picasso. Los que conocimos a Busquets, cada vez que contemplamos el retrato que Picasso le hizo, cuando éste estaba en sus mocedades artísticas —retrato reproducido en algunos de los libros del veterano escritor— llegamos a la conclusión que el arte no habría perdido nada si el hoy famoso artista hubiese continuado por aquel camino, prescindiendo de tantas piruetas.

Uno de los últimos actos de la vida literaria de Busquets y Punset —tal vez el último— fue el discurso de gracias que pronunció en los Juegos Florales de Barcelona de 1935, presididos precisamente por el ilustre filólogo Pompeyo Fabra. La presencia de ambos en la «Maneneduría» de aquel año fue una especie de abrazo simbólico entre dos escuelas oponentes: entre la que se imponía y la que se iba al ocaso.

Además de los libros citados, había publicado: «Lliroia», «Flors del Montseny» i «Ventijols de Guilleria», (poesías); «Dos amors», «Animes terides», «Plantalamor» y «Calvari» (novelas); «Artur Osona» (conferencia); «Les Eucarístiques de Verdaguer» (discurso pronunciado en el Ateneo Barcelonés); «Visió tràgica» (opúsculo que contiene la narración de un naufragio ocurrido en el mar de Roses, leído en una velada a beneficio de las víctimas).

La publicación antológica de Barcelona «Lectura Popular» le dedicó dos números: uno de poesía y otro de prosa; éste, con la novela corta «Amor, Senyor...»

Y dejó, inéditas, también otras obras.

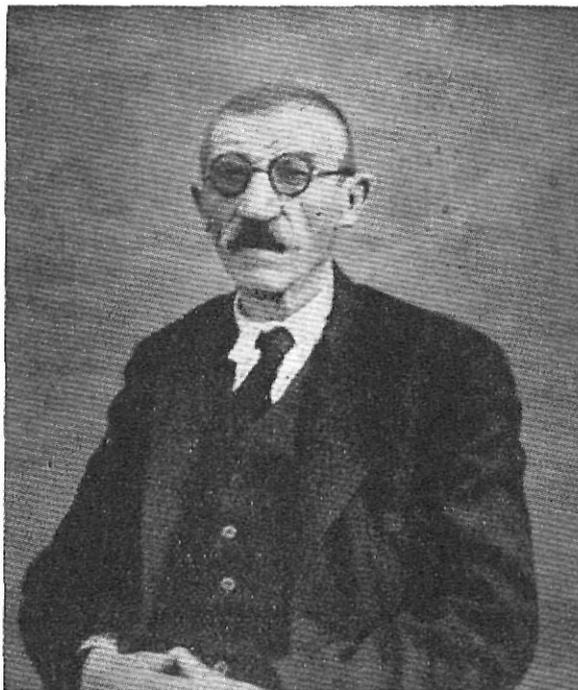
JOAQUIN CODINA

Joaquín Codina, natural de La Sellera, moría en esa misma población el día 26 de diciembre de 1934, a la edad de 67 años. Vida de médico pasada toda entera en su pueblo natal. Un largo y generoso apostolado ejercido entre sus coterráneos. Su pueblo, todo el pueblo en masa, con las autoridades al frente, le acompañó, compungido, a la tumba. El Ayuntamiento le dedicó una calle e hizo constar en acta el duelo de la corporación municipal.

Joaquín Codina —en el pueblo el «senyor Quimet Vinyes», nombre de la paterna casa de campo donde vivía— era un gran botánico, un apasionado micólogo, un excelente médico, un apóstol de su profesión, un varón justo, orgullo de la virtud de la humildad, un hombre... Si Diógenes hubiese vuelto, en nuestros días, sin encontrar todavía el hombre que buscaba con su linterna, y hubiese llamado al manso de «Can Vinyes», de La Sellera, habría podido apagar allí su linterna y dar la tarea por terminada.

Tan rectilíneo se mostraba, que parecía un excéntrico. Acostumbrado a la introspección metódica y a contemplar la línea recta de su conciencia, su mirada exterior chocaba con la sinuosidad tortuosa del vivir actual. Era un sabio y un santo.

Años incontables de trabajo abnegado y paciente, durante los cuales llegó a recoger y clasificar un valioso herbario, envidia de todos los botánicos. Sostenía correspondencia, en latín, con los mejores botánicos del mundo, y, para hacerse más asequible a los mismos, a pesar de su vejez se enfrascaba en los estudios de inglés y alemán con un entusiasmo juvenil. Había descubierto plantas rarísimas que hoy llevan su nombre. Era colaborador del «Diccionari Català de Medicina» publicado por el Dr. Corachán. En 1929 —por aquel entonces yo dejaba La Sellera, donde había ejercido durante un bienio los cargos de organista de la parroquia, profesor municipal de música y director del «Cor Rossinyol de Sales» del Centro del Sindicato Agrícola— el señor Codina publicó un librito titulado «Bolets bons i bolets que maten» cuya gestación yo había conocido de cerca. En



las páginas de «El Matí», de Barcelona, escribíamos del mismo un comentario periodístico que queremos reproducir, porque hay en él unos apuntes de retrato del señor Codina que encajan aquí oportunamente. Decíamos entonces sobre el librito aludido: «He aquí un librito gracioso que nos sitúa, por unos momentos, en la época popularista y cándida de los Robreyo y otros precursores del Renacimiento literario de Cataluña. Es una retahíla de versos, «pareados», ya con trazas de «aleluya», ya parecida a los llamados «romanço» y «sermó». El autor persigue, con esos versos, una finalidad didáctica y de vulgarización científica: dar a conocer los hongos comestibles y los dañosos en forma aforística. Después de la simplicidad graciosa y atávica de estos versos, que saben a gusto añejo y a «floridura de ventall», siguen unas aclaraciones científicas. De un paso al otro, unos instantes de perplejidad: ingenuo humorismo con ornamentos anacrónicos, por una parte, y seriedad científica, por la otra; en ambas, no obstante, idéntica finalidad.

Quien conozca al autor, verá en esos versos sus rasgos idiosincráticos: una quintaesencia de ingenuidad al lado de un denso bagaje de conocimientos.»

Joaquín Codina no firmó dicho librito, a pesar de mis reiterados ruegos: en primer lugar, porque era muy humilde, y, después, porque yo le había ayudado a escribir los «rodolins», y su conciencia le decía que era un caso de colaboración. En realidad, fue él quien escribía los versos: yo

solamente se los repasaba. Por cierto que los pensaba y escribía con un amor y entusiasmo tan infantiles, que maravillaba. Llegaba a mi domicilio, con ojos brillantes de alegría, diciendo: «Ja tinc un altre rodolí!» Y tened en cuenta que, a veces, para mostrarme su nuevo hallazgo, hacia el cuarto de hora de camino que mediaba de «Can Vinyes» a mi casa.

¡Qué fidelidad, la de aquel hombre! Corría parejas con su humildad. Propenso siempre a la admiración y al afecto, cuando descubría en alguien alguna gracia, le seguía con una llama de admiración en la mirada, aunque fuese a hurtadillas y con el silencio del perro más paciente y fiel. Yo —aunque no sea caro a la humildad el declararlo— le había caído de buen ojo, y de ello tengo una prueba evidéntisima. El «Senyor Quimet» tenía una concepción muy simplista de las cosas, y, claro, en política, no coincidía con ningún temperamento joven de la época. Y el hombre que no se habría disputado por cuestiones de dinero o por soportar impertinencias ajenas, no cedía un ápice en la defensa de sus principios simplistas. Pero, cuando yo defendía los míos, me escuchaba calladamente, y alguna vez me hubiera hecho la ilusión de haberle convencido, de no ser que, al día siguiente, él volvía a sus trece, tan campante.

Este hombre de conciencia tan recta, tenía siempre una punta de ironía: no de la que produce rasguños y mortifica, sino de aquella ironía bondadosa que lleva en sí virtud purificadora.

Su anecdotario formaría un gran libro. Dejad que, para ayudar al trazo más acabado de su retrato, os recuerde alguna. Una vez supo que había un enfermo en una casa de campo que distaba más de dos horas de su morada. Despacito, despacito, se dirigió a la casa. Allí habían llamado a un «curandero», y cuando el señor Codina llegó a la masía, el curandero estaba actuando. Fue recibido no muy cordialmente. «No l'hem pas demanat!» —le dijeron. «Oh —objetó el señor Codina, bondadosamente—, tantes vegades he vingut sense demanar-me!»

En cierta ocasión hizo una exposición de hongos. Cada uno iba acompañado de su nombre popular y del correspondiente nombre sabio, junto con una etiqueta que decía: «comestible», «ingesto», «mata». Al final había una copa en forma de hongo, llena de aguardiente, y al pie una etiqueta con la siguiente inscripción: «Mata l'ànima i el cos». Aludía a la afición que la gente de montaña suele tener a la bebida.

La bondad del «senyor Quimet» y su desinteresado celo profesional eran reconocidos por todo el mundo. Una vez pasaba un médico de un pueblo vecino en automóvil. «A que no endevineu on té el seu auto el senyor Quimet?» —preguntó un campesino a sus contertulios de la vecindad. «On l'ha de tenir, home, on l'ha de tenir —contestó, sin dilación, un interlocutor—, si tots el de La Sella li'n guardem un tros!»

Los kilómetros que el «senyor Quimet» hizo a pie, son incontables. Sus posaderas no conocían silla de caballo, ni mulo, ni asno. Y esto, por suerte de su bolsillo, porque le habría ocurrido lo que decía el popular farmacéutico de La Sella, señor Calixto Noguera —padre de un ilustre dermatólogo de Barcelona—, que «hauria guanyat més el matxo, que el metge».

El señor Codina tenía también aficiones musicales: tocaba el violín, y tuve el gusto de acompañarle muchas veces al piano. Tocaba siempre delicadamente, «pianísimo», y se entregaba a los juegos del instrumento con toda la unción de su alma.

Murió entre las cosas de la naturaleza que él tanto amaba y conocía: cayó muerto buscando hongos en el alcornocal llamado «l'alibera de l'abei», lugar que él llamaba su jardín micológico, por ser muy propicio al nacimiento de los hongos. Allí pasó de su felicidad terrena —que era «buscar bolets»— a la celestial. Fue hallado boca abajo, con un pañuelo que contenía setas u hongos, ya clasificados, colgados del brazo. Al pie del alcornoque donde falleció —¡oh, ironías de la vida!— brotaban a los cinco días —precisamente no era la época favorable— cinco «ciurenys» ufanos, con toda su ímpetu y euforia.

Entre los periódicos que se hicieron eco de su muerte, cabe destacar la revista ilustrada JORBA, de Manresa, que dirigía el culto hombre de letras recientemente fallecido Miguel Bosch y Jover, que le dedicó casi un número entero, con la colaboración del Dr. Font y Quer y de los hermanos Ilarrubia, tan expertos en las materias a que se dedicaba el señor Codina.

Gracias a mi aportación literaria al interesante número de aquella revista —septiembre de 1935— he podido redactar hoy muy fácilmente estas cuotas biográficas de mi viejo amigo de tierras gerundenses.